

TOMAR A CRISTO COMO NUESTRA PERSONA Y VIVIRLO EN Y PARA LA VIDA DE IGLESIA

(Día del Señor: primera sesión de la mañana)

Mensaje siete

Ser completamente reconciliados con Dios y que nuestro corazón sea ensanchado para representar a Dios correctamente en Su economía

Lectura bíblica: 2 Co. 5:18-20; 6:11-13; 10:8; 12:15; 13:4, 10

I. A fin de representar a Dios en Su economía, necesitamos ser completamente reconciliados con Dios—2 Co. 5:20:

- A. El ministerio de la reconciliación tiene como fin traernos de regreso a Dios de forma plena, cabal, completa y entera—v. 18:
 - 1. El ministerio de la reconciliación no consiste en meramente traer a los pecadores de regreso a Dios, sino más aún, introducir a los creyentes absolutamente en Dios—vs. 19-20.
 - 2. Hasta que seamos enteramente uno con el Señor, estando en Él y permitiendo que Él esté en nosotros de manera absoluta, necesitaremos el ministerio de la reconciliación.
- B. Se requieren dos pasos para que seamos completamente reconciliados con Dios—vs. 19-20:
 - 1. En 2 Corintios 5:19 el mundo es reconciliado con Dios, pero en el versículo 20 los creyentes son reconciliados con Dios y han de ser más profundamente reconciliados con Dios.
 - 2. El primer paso de la reconciliación es reconciliar a los pecadores con Dios, separándolos del pecado—v. 19:
 - a. Con este propósito Cristo murió por nuestros pecados para que Dios nos los perdonara—1 Co. 15:3; Lc. 24:46-47; 1 Jn. 2:12.
 - b. Éste es el aspecto objetivo de la muerte de Cristo; en este aspecto, Él llevó sobre Sí mismo nuestros pecados en la cruz en lugar nuestro para que Dios los juzgara—1 P. 2:24; Is. 53:11-12; He. 9:28; Col. 1:22; Ro. 8:3.
 - 3. El segundo paso de la reconciliación consiste en reconciliar con Dios a los creyentes que viven en la vida natural, apartándolos de la carne—2 Co. 5:20:
 - a. Con este propósito Cristo murió por nosotros —las personas— a fin de que vivamos para Él en la vida de resurrección—vs. 14-15.
 - b. Puesto que aún estamos separados de Dios y puesto que no somos completamente uno con Dios ni estamos en total armonía con Él, necesitamos el segundo paso de la reconciliación.
 - c. El aspecto subjetivo de la muerte de Cristo necesita ser aplicado a nuestra situación y a nuestra vida natural—Ro. 6:6; 8:13; Gá. 5:24; Mt. 16:24:
 - 1) A fin de que podamos ser reconciliados con Dios en plenitud, el Padre pone al descubierto nuestra vida natural y nos revela nuestra verdadera situación—1 Jn. 1:5, 7:
 - a) Como resultado, condenamos nuestro ser natural y aplicamos la

cruz de manera subjetiva, y esta aplicación de la muerte de Cristo crucifica nuestra vida natural.

b) A medida que nuestro hombre natural es anulado por la cruz, experimentamos el segundo paso de la reconciliación; en este paso el velo de nuestro hombre natural es rasgado a fin de que podamos vivir en la presencia de Dios.

2) En lugar de ocurrir una sola vez para siempre, el segundo paso de la reconciliación es continuo.

4. Por medio de los dos aspectos de Su muerte, Cristo reconcilia completamente con Dios al pueblo escogido de Dios—Ro. 5:10; 2 Co. 5:19-20.

II. Ser completamente reconciliados con Dios hace que nuestro corazón sea ensanchado—v. 20; 6:11-13:

A. Cuán ancho sea nuestro corazón depende del grado al que seamos reconciliados con Dios.

B. Ser estrechos de corazón es un fuerte indicio de que hemos sido reconciliados con Dios sólo parcialmente y que el porcentaje de nuestra salvación es bastante bajo—v. 12; Ro. 5:10.

C. A fin de ser estrictos con nosotros mismos y no con otros, necesitamos ser ensanchados; aquellos que son estrechos usualmente también son angostos, y por lo tanto, necesitan que su corazón sea ensanchado—2 Co. 6:12-13.

D. La sabiduría y la anchura de corazón son dos aspectos de una misma cosa; el secreto para la sabiduría es tener un corazón ancho—1 R. 4:20, 29.

III. Cuando hayamos sido completamente reconciliados con Dios y nuestro corazón haya sido ensanchado, podremos representar a Dios correctamente en Su economía—2 Co. 5:20; 10:8; 12:15; 13:4, 10:

A. Puesto que el apóstol Pablo había sido completamente reconciliado con Dios y su corazón había sido ensanchado, él estaba calificado para ser un embajador de Cristo, representando a Dios—5:20:

1. Un embajador de Cristo es uno que representa a Dios, la autoridad más elevada en el universo:

a. Dios ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra a Cristo—Mt. 28:18.

b. Jesús es el Cristo —el Señor de todos, el Rey de reyes y el Señor de señores—, la autoridad más elevada—Hch. 2:36; 10:36; 1 Ti. 6:15; Ap. 17:14; 19:16.

c. El Señor necesita algunos embajadores en la tierra que estén calificados para representarle—Mt. 28:19.

d. Un ministro del nuevo pacto es uno que ha sido autorizado con la autoridad celestial para representar la autoridad más elevada—2 Co. 3:6; 5:20:

1) Los apóstoles recibieron la comisión de representar a Cristo para cumplir el propósito de Dios—Mt. 10:40; Jn. 13:20; Gá. 4:14b.

2) Todos los miembros del Cuerpo son representantes de la Cabeza, Sus embajadores—Hch. 9:6, 10-17; 22:12-16.

2. Como embajador de Cristo, Pablo era “Dios en funciones”—2 Co. 1:3-4, 12, 15-16; 2:10; 10:1; 11:2:
 - a. Pablo era uno con Cristo para ser Dios en funciones al consolar a los creyentes—1:3-4.
 - b. Pablo se condujo en la sencillez de Dios, pues él era un imitador del Dios sencillo, y él vivió a Dios—v. 12.
 - c. La llegada de Pablo a los corintios era la llegada de Dios como gracia—vs. 15-16.
 - d. Pablo perdonó un asunto particular en la persona de Cristo—2:10.
 - e. Pablo rogó a los creyentes por la mansedumbre y ternura de Cristo—10:1.
 - f. Pablo celaba a los santos con el celo de Dios—11:2.
- B. Necesitamos aprender una lección seria de la única ocasión en que Moisés no representó a Dios—Nm. 20:2-13:
 1. Al golpear la roca dos veces y al llamar rebeldes al pueblo, Moisés no santificó a Dios a los ojos del pueblo de Israel—vs. 10-12:
 - a. Santificar a Dios es hacerlo santo, es decir, separarlo de todos los dioses falsos; si no santificamos a Dios, lo hacemos común—v. 12.
 - b. Al enojarse con el pueblo y erróneamente golpear dos veces la roca, Moisés no santificó a Dios—vs. 10-11.
 - c. Al mostrarse enojado cuando Dios no lo estaba, Moisés no representó correctamente a Dios en Su naturaleza santa; y al golpear dos veces la roca, Moisés no guardó la palabra de Dios en Su economía—vs. 10-12.
 - d. Moisés ofendió tanto la naturaleza santa de Dios como Su economía divina; él condenó al pueblo llamándolos rebeldes, pero fue Moisés el que en esa ocasión se rebeló contra la palabra de Dios—vs. 10, 24; 27:14.
 2. En todo lo que digamos y hagamos con respecto al pueblo de Dios, nuestra actitud tiene que concordar con la naturaleza santa de Dios y nuestras acciones tienen que concordar con Su economía divina.
 3. Si no santificamos a Dios en nuestra actitud y nuestras acciones, nos rebelamos contra Él y lo ofendemos.
- C. Una persona que representa a Dios correctamente debe tener las siguientes calificaciones:
 1. Él debe someterse a la autoridad—Mt. 8:8-9.
 2. Él debe comprender que en sí mismo no tiene autoridad alguna—28:18; 2 Co. 10:8; 13:10.
 3. Él debe conocer a Dios y conocer la voluntad de Dios—Ef. 1:9; 5:17.
 4. Él debe ser uno que se niega al yo—Mt. 16:24.
 5. Él debe ser uno con el Señor y vivir en comunión constante e íntima con Él—1 Co. 6:17; 1:9; 1 Jn. 1:3.
 6. Él no debe ser subjetivo y no debe actuar en conformidad con su propio sentimiento—2 Co. 3:5.
 7. Él debe ser benigno y estar lleno de gracia al tratar con otros—Lc. 6:35; cfr. Ro. 5:15-16; 1 Co. 2:12.
 8. Él debe ser una persona en resurrección, viviendo en la vida de resurrección de Cristo—2 Co. 1:9; 4:14; Nm. 17:1-10.

9. Él debe tomar una posición humilde delante de Dios—14:5; 16:3-4, 22, 45; Mt. 11:29; Ro. 12:16; Lc. 14:7-11; 1 P. 5:5-6.
10. Él debe ser capaz de soportar ofensas—Éx. 16:7; Nm. 14:2, 5, 9, 27; Mt. 6:14-15; 1 Co. 4:6-13.
11. Él debe estar consciente de que es incapaz e inadecuado—Éx. 3:11; 4:6-7, 10; 2 Co. 3:5; 1 Co. 15:10.
12. Él debe ser uno que representa a Dios apropiadamente—Éx. 32:11-12; 2 Co. 5:18, 20; Ef. 6:20.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

EL QUEBRANTAMIENTO DE LA CARNE

El velo, o sea, la carne era el factor que hacía de un tabernáculo, dos tabernáculos. Esto es cierto aun en nuestra experiencia hoy en día. Hablando desde el punto de vista doctrinal, la carne fue crucificada por Dios en la cruz. Cuando Cristo fue crucificado, la carne también fue crucificada. Esto lo indica el velo desgarrado de arriba a abajo en el templo (Mt. 27:51). Aunque la carne fue rasgada cuando Cristo fue crucificado, en nuestra experiencia la carne permanece completa. Puede que aún no haya sido rota o quebrantada. La razón por la cuál todavía estamos en el alma, el primer tabernáculo, es que nuestra carne aún no ha sido quebrantada.

Es muy posible que al hacer cosas espirituales, nuestra carne aún no haya sido quebrantada. Puede que invoquemos el nombre del Señor de una manera externa en la carne en lugar de invocar desde lo más profundo en el espíritu. Algunas veces cuando un hermano discute con su esposa, puede que uno de ellos diga: “¡Alabado sea el Señor!”. Sin embargo, es posible que en este caso las palabras no vengan del espíritu, sino de la carne. Por lo tanto, podemos estar en la carne no sólo cuando estamos criticando y chismeando, sino también cuando invocamos y alabamos al Señor. La razón por la cual, como creyentes del Nuevo Testamento, permanecemos en el alma, en la era antiguotestamentaria, es porque nuestra carne no ha sido quebrantada.

El velo que está dentro del tabernáculo estaba colocado sobre cuatro columnas [...] Las columnas representan a los creyentes extraordinarios, quienes son los miembros más fuertes de la iglesia. Las columnas del tabernáculo eran más fuertes que las tablas. Las tablas eran planas, mientras que las columnas eran gruesas. Si aplicamos esto a nuestra experiencia, esto significa que cuando una tabla es tratada, llega a ser una columna. Entre todos los santos de la iglesia, las columnas, o sea, los más fuertes, llevan el testimonio de Dios manifestado en la carne. Sin duda alguna, los que toman la delantera en la iglesia deben ser columnas. Según 1 Timoteo 3:15, la iglesia debe ser la columna de la verdad de Dios manifestado en la carne.

Si la carne de los que toman la delantera, los fuertes, en la iglesia no ha sido quebrantada, toda la iglesia permanecerá en el primer tabernáculo y no podrán entrar al segundo tabernáculo. El hecho de que una congregación entre o no en el Lugar Santísimo, depende de que la carne de los que toman la delantera haya sido rasgada. Gálatas 5:24 dice que los que son de Cristo han crucificado la carne. Si somos cristianos que andan por el Espíritu, nuestra carne ha sido crucificada. Romanos 6:6 dice que nuestro viejo hombre, el yo, ha sido crucificado. Aunque no podemos crucificarnos a nosotros mismos, podemos crucificar la carne y debemos hacerlo. Si nuestra carne es crucificada, llegará a ser un velo rasgado como la entrada para que toda la iglesia entre al segundo tabernáculo y tenga el disfrute directo de Dios. Por medio de esto vemos que la condición de la iglesia depende del quebrantamiento de la carne de los que toman la delantera. Esto es lo que yo he visto a través de los años. Ya sea que una iglesia

pueda o no entrar al Lugar Santísimo depende completamente del quebrantamiento de la carne de las columnas, o sea, del quebrantamiento de la carne de los que toman la delantera. (*Estudio-vida de Éxodo*, págs. 1130-1131)

MOISÉS NO SANTIFICA A DIOS AL ENOJARSE CON EL PUEBLO DE ISRAEL Y ERRÓNEAMENTE GOLPEAR DOS VECES LA ROCA

Moisés no santificó a Dios al enojarse con el pueblo de Israel y erróneamente golpear dos veces la roca. Al mostrarse enojado, Moisés no representó correctamente a Dios en Su naturaleza santa ante Su pueblo. Al golpear dos veces la roca, él representó erróneamente a Dios con respecto a Sus acciones. Por consiguiente, Dios los castigó a él y a su hermano no permitiéndoles entrar en la buena tierra (Nm. 20:12-13, 24; 27:12-14).

En Números 20 Dios no estaba enojado con el pueblo, pero Moisés sí lo estaba. Él acudió a Dios y apeló a Él, pero no se atrevió a decir nada. En esto Moisés actuó bien, pues no debemos orar cuando estamos enojados. A este respecto, debemos recordar cómo oró Elías en 1 Reyes 19:14. En su oración, Elías dijo: “He tenido muchos celos por Jehová, el Dios de los ejércitos, porque los hijos de Israel han abandonado Tu pacto, han derribado Tus altares y han matado a espada a Tus profetas; y he quedado yo solo, y procuran quitarme la vida”. Pablo, refiriéndose a esta oración, dijo que Elías invocó a Dios contra Israel (Ro. 11:2). La súplica de Elías de hecho era una acusación contra el pueblo. Del caso de Moisés en Números 20 y del caso de Elías en 1 Reyes 19, aprendemos que debemos tener cuidado cuando oramos a Dios con respecto a Su pueblo.

“Jehová dijo a Moisés y a Aarón: Por cuanto no creísteis en Mí para santificarme ante los ojos de los hijos de Israel, no introduciréis a esta congregación en la tierra que les he dado” (Nm. 20:12). Dios culpó a Moisés y a Aarón de no haber creído en Él y de no haberlo santificado delante del pueblo. Debido a que Moisés se enojó cuando Dios no estaba enojado, él no representó debidamente a Dios. En su ira, Moisés probablemente pensó que había llegado la hora para que Dios consumiera al pueblo. Sin embargo, Dios comprendió que la causa del problema en Números 20 era la sed del pueblo. Así como una madre no se enoja con su hijo cuando éste llora de sed, sino que le prodiga un cuidado tierno, de la misma manera Dios no se enojó con Su pueblo cuando éste estuvo sediento, sino que tomó la responsabilidad de proveerle agua.

Según la perspectiva de Dios en Números 20, Su pueblo no había hecho nada malo. La situación era semejante a la de los capítulos 23 y 24. Balac contrató a Balaam para que maldijera a Israel, pero en lugar de maldecirlos, hubo bendición. Balaam, no pudiendo maldecir a quien Dios no había maldecido (23:8), dijo: “No ha notado iniquidad en Jacob, / ni ha visto agravio en Israel” (v. 21). En 24:5 Balaam añadió: “¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob, / tus tabernáculos, oh Israel!”. Según el parecer de Moisés en el capítulo 20, había mucho agravio e iniquidad entre el pueblo de Dios, pero según el parecer de Dios no había agravio ni iniquidad. Eso significa que aunque Moisés por lo general era uno con Dios, en este caso hubo una gran discrepancia entre él y Dios.

Moisés actuó mal en cuanto a la falta de agua. Él era el representante de Dios y, como tal, tenía la posición de representar a Dios, pero aquí él representó mal a Dios ante el pueblo. En esta ocasión, Dios no estaba enojado. Esto lo indica el hecho de que Él dijo a Moisés que hablara a la roca para que diera su agua. Sin embargo, Moisés se sintió ofendido y no pudo tolerar la situación. Después de reunir a la congregación y de enojarse con el pueblo, dijo: “Oíd ahora, rebeldes”. Al dirigirse al pueblo de esta manera, Moisés representó mal a Dios. Sus palabras desatinadas hicieron a Dios común; o sea, no santificaron a Dios, no lo separaron de

los otros dioses. Por ello, según lo que le habló a Moisés en el versículo 12, Dios parecía decirle: “Moisés, no me representaste debidamente. Le diste al pueblo una impresión equivocada acerca de Mí. En tu ira, les diste la impresión de que Yo estaba enojado con ellos cuando no lo estaba. No me santificaste. No me expresaste como el Dios que es especial y distinto de todos los otros dioses. No me presentaste ante el pueblo como un Dios que es lleno de misericordia y de gracia”. El Dios a quien Moisés representaba no estaba enojado; por consiguiente, Moisés, Su representante, tampoco debió estar enojado.

En el versículo 10 Moisés llamó al pueblo rebelde. Pero luego, en el versículo 24, Dios le dijo a Moisés y a Aarón: “Os rebelasteis contra Mi palabra en las aguas de Meriba”. Aquí Dios parece estar diciendo: “Ustedes no me obedecieron. En lugar de hacer lo que Yo les dije, hicieron otra cosa. El pueblo no me injurió. Ellos no hicieron nada malo. Simplemente necesitaban agua, y sólo Yo puedo proveerles agua. El pueblo no tenía ninguna culpa de tener sed, y ellos no se rebelaron contra Mí. Ustedes condenaron al pueblo llamándolos rebeldes, pero son ustedes los que se rebelaron contra Mi palabra”.

En Éxodo 32 Moisés sí representó a Dios debidamente. El hecho de que el pueblo adorara el becerro de oro ofendió a Dios sobremanera, y Él dijo a Moisés: “Yo he visto a este pueblo, que de veras es un pueblo de dura cerviz. Ahora, pues, déjame, para que se encienda Mi ira contra ellos, y Yo los consuma; y de ti Yo haré una nación grande” (vs. 9-10). Cuando Moisés oyó estas palabras, oró a Dios, diciendo: “Jehová, ¿por qué se enciende Tu ira contra Tu pueblo, que Tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano poderosa? ¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Con malas intenciones los sacó, para matarlos en los montes y para exterminarlos de la faz de la tierra? Vuélvete de Tu ira encendida, y arrepíentete de este mal contra Tu pueblo” (vs. 11-12). Aparentemente, Moisés se estaba rebelando contra la palabra de Dios, pero en realidad su oración fue agradable al corazón de Dios. En esa ocasión él representó a Dios debidamente, pero en Números 20 él se olvidó de santificar a Dios y lo representó indebidamente.

La experiencia de Moisés en Números 20 constituye una importante lección para nosotros en la vida de iglesia hoy. En especial, debemos aprender que cuando los santos que están en la iglesia nos ofendan, no debemos acudir a Dios con el propósito de acusar a Su pueblo. Si en nuestras oraciones acusamos al pueblo de Dios, ofenderemos a Dios. Así como una madre se ofende cuando alguien acusa y critica a su hijo, de la misma manera Dios se ofende cuando acusamos y criticamos a Su pueblo. Tengamos cuidado cuando acudamos al Señor por causa de Su pueblo. Quizás usted piense que los santos no son muy buenos y los acuse delante de Dios. Esto ciertamente ofenderá a Dios.

En Números 20 se nos revela el asunto crucial de que la naturaleza de Dios es santa. Ser santo equivale a ser diferente, apartado de todo lo demás. Dios, por ser un Dios santo, es diferente de todos los dioses falsos. Los dioses falsos se enojan fácilmente con las personas, pero no el Dios verdadero. Dios no posee esa clase de naturaleza. En Su naturaleza, Él es un Dios lleno de misericordia, gracia, amor y conmiseración. Él no se ofende con Su pueblo cuando la escasez de agua los lleva a contender. Aun si tiene que castigar a Su pueblo, los castiga de forma moderada. Por ejemplo, Coré fue devorado, tragado, por la tierra, pero un descendiente suyo llegó a ser un hombre santo y un salmista. Esto indica que Dios juzga de forma moderada.

No debemos dar a las personas una impresión equivocada del Dios a quien servimos. A fin de evitar dar una impresión equivocada, debemos tener cuidado cuando nos ofendan los santos de nuestra localidad. No debemos enojarnos con ellos ni acudir a Dios para suplicarle en contra de ellos. Si le suplicamos a Dios en contra de los santos, Dios podría sentir que los

estamos acusando y que no lo estamos santificando a Él. No debemos hablar de forma apresurada acerca de los que nos ofenden; antes bien, al representar a Dios, debemos aprender a siempre tener en cuenta Su naturaleza santa. Esto es santificarlo. Todo lo que digamos y hagamos con respecto al pueblo de Dios debe concordar absolutamente con Su naturaleza santa. De lo contrario, en nuestras palabras y acciones nos rebelaremos contra Él y lo ofenderemos.

Internamente, Dios tiene Su naturaleza, y externamente, Él tiene Su administración, Su economía, Su manera de proceder. Lo que Dios dijo a Moisés referente a hablarle a la roca para que fluyera el agua, fue dicho en conformidad con Su administración y con miras a Su economía. Así que, cuando Moisés, en su ira, actuó indebidamente, él quebrantó los principios de la economía de Dios. Esto debe servirnos de advertencia para que en lugar de permanecer enojados, pongamos en práctica lo que Pablo dijo en Efesios 4:26: “No se ponga el sol sobre vuestra indignación”.

Moisés ofendió tanto la naturaleza santa de Dios como Su economía divina. Él representó incorrectamente a Dios y quebrantó los principios de la economía de Dios. Debido a esto, aunque disfrutaba de intimidad con Dios y era considerado compañero de Dios, Moisés perdió el derecho a entrar en la buena tierra.

Tener cuidado de cómo hablamos acerca del pueblo de Dios cuando estamos ofendidos nos ayudará a permanecer en el reino de Dios. A este respecto, les recomiendo que consideren Mateo 18:1-35, donde vemos que la mejor manera de permanecer en el reino de Dios es perdonar a los demás. No debemos ofender a los santos ni hacerlos tropezar. Asimismo, cuando otros nos ofendan o nos hagan tropezar, debemos perdonarlos. Si lo único que hacemos es condenar a los demás y no tenemos ninguna intención de perdonarlos, tendremos problemas. En la vida de iglesia, el perdón es muy necesario.

Perdonar es olvidar. Supongamos que cierta pareja no tiene la costumbre de perdonar y olvidar las ofensas. En lugar de perdón, hay críticas, y en lugar de olvido, hay recuerdos. Un matrimonio así no durará mucho; y aun si llegara a durar, carecería de gozo y felicidad. Por tanto, si usted desea tener una vida matrimonial feliz, debe perdonar las ofensas que le causa su cónyuge y olvidarlas.

La vida de iglesia debe ser una vida de continuo perdón. Con relación a la Biblia debemos tener buena memoria, pero con relación a las faltas de los demás debemos tener mala memoria. Esto nos mantendrá en la vida de iglesia. De lo contrario, tendremos muchas cosas negativas que decir de los santos, y con el tiempo, acabaremos por abandonar la vida de iglesia. En la vida de iglesia y por causa de ella, debemos tener un espíritu perdonador. Así, en vez de condenar a los santos, olvidaremos sus faltas y ofensas.

El error que Moisés cometió en Números 20 se debió a que lo que sentía por el pueblo de Dios no era positivo ni agradable. Esto lo llevó a cometer el grave error de representar mal a Dios. Él no santificó al Dios santo en cuanto a Su naturaleza, ni guardó la palabra de Dios en cuanto a Su economía. Mi carga en este mensaje simplemente consiste en mostrarles la importante lección que debemos aprender del fracaso que tuvo Moisés cuando el pueblo contendió a causa del agua.

Todos debemos darnos cuenta de que la vida de iglesia es muy frágil y delicada, y que cada uno de los hermanos y hermanas que están en la iglesia son igualmente frágiles y delicados. A veces ofendemos a los demás porque olvidamos que la vida de iglesia y los santos son frágiles y delicados. Tal vez pensemos que cierto hermano es muy bueno y que nadie podría ofenderlo. Quizás este hermano sea muy bueno por muchos años, pero debido a que es frágil y delicado, es posible que un día se ofenda inesperadamente con alguien y deje de sentirse

bien con respecto a la vida de iglesia. Casos como éstos nos recuerdan que debemos aprender a siempre tener presente que todos los santos en la vida de iglesia son frágiles y delicados.

En el capítulo 20 de Números, Dios no intervino para vindicar a Moisés; antes bien, intervino para vindicar a Su pueblo. Esto pudo haber sido una gran sorpresa para Moisés, quien probablemente jamás esperaba que Dios vindicaría a quienes él consideraba rebeldes. Pero eso fue precisamente lo que Dios hizo. En este capítulo, Dios parecía decir: “Moisés, te rebelaste contra Mi palabra. Mi pueblo no erró; eres tú quien erró”.

En nuestro estudio del capítulo 20 de Números, podemos aprender cómo comportarnos cuando otros contiendan con nosotros en la vida de iglesia. El pueblo decía a Moisés: “¿Dónde podemos encontrar agua? ¿Por qué nos sacaste de Egipto y nos trajiste a un lugar como éste? Éste no es un lugar de grano, de higueras, de viñas ni de granadas”. Después que el pueblo contendió con Moisés de esta manera, él debió haber acudido al Señor y decirle: “Señor, ¿qué debo hacer con respecto a la necesidad de Tu amado pueblo?”. En este capítulo Dios parecía decirle a Moisés: “No es necesario que hagas nada. Toma tu vara, ve a la roca, y dile que haga fluir agua para que beba Mi pueblo y su ganado”. Luego, después de alabar al Señor, Moisés simplemente debió haber hablado a la roca, diciéndole que hiciera fluir agua. Si hoy manejamos las contiendas del pueblo de Dios de esta manera, la vida de iglesia será gloriosa.

Existe una relación clara entre Números y 1 Corintios. Cuando Pablo escribía la Epístola de 1 Corintios, él comprendía que la historia de Israel era un tipo de la vida de iglesia. En 1 Corintios 5:7 él se refirió a la Pascua, diciendo: “Nuestra Pascua, que es Cristo, fue sacrificada”. Luego, hablando de las cosas que acontecieron a los hijos de Israel en el desierto, dijo en 10:6: “Estas cosas sucedieron como ejemplos [lit., tipos] para nosotros”. En el versículo 11 añade: “Estas cosas les acontecieron como ejemplos [lit., tipos], y están escritas para amonestarnos a nosotros”. Esto indica claramente que tenemos lecciones que aprender de las jornadas que hicieron los hijos de Israel. Lo que les aconteció a ellos nos puede acontecer también a nosotros.

La lección que debemos aprender del fracaso de Moisés en Números 20 es que debemos tener mucho cuidado cuando hablemos acerca del pueblo de Dios. Quizás pensemos que nosotros tenemos razón y que los demás están equivocados. No obstante, puede ser que Dios intervenga, no para vindicarnos a nosotros, sino para vindicar a quienes nosotros condenamos.

En 1 Corintios 4:3-5 vemos la actitud de Pablo en cuanto a juzgar y ser juzgado. “Yo en muy poco tengo el ser examinado por vosotros, o por tribunal humano; y ni aun yo me examino a mí mismo [...] El que me examina es el Señor. Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual sacará a luz lo oculto de las tinieblas y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios”. El tribunal humano [lit., el día del hombre] en el versículo 3 es la era actual, en la que el hombre juzga, lo cual está en contraste con el día del Señor (1 Co. 3:13), que será la era venidera, la era del reino, en la cual el Señor juzgará. Hoy en día, en el día del hombre, es el hombre quien juzga, pero en el día del Señor, el Señor ejecutará Su juicio. Hoy en la vida de iglesia, en lugar de condenar a los demás, debemos perdonarlos y olvidar sus ofensas. No retenga en su memoria una lista de las ofensas que otros le hayan causado. Es muy peligroso recordar ofensas, pues esto podría hacerle perder su primogenitura, es decir, perder su derecho de disfrutar a Cristo como la buena tierra.

Mi objetivo en este estudio-vida de Números no es enseñarles la Biblia simplemente de una manera doctrinal. Espero que de esta palabra sobre Números 20 todos recibamos luz y revelación que pueda ayudarnos hoy de forma práctica en nuestra vida cristiana y en nuestra

vida de iglesia. Espero que a través del tipo que se halla en este capítulo, aprendamos a tener en cuenta la naturaleza de Dios y Su administración entre Su pueblo. Si aprendemos esta lección, tendremos cuidado de no hablar nada negativo acerca del pueblo de Dios. (*Estudio-vida de Números*, págs. 220-227)